



EL LIBERAL

Vélez-Rubio, marzo 15 de 1917

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En esta, un mes. 0.50 pesetas
Demás pueblos del distrito. 0.55
Provincias, el trimestre. 1.75
Extranjero, 2.50

PAGO ADELANTADO

Redacción y Administración: SOTO, 17

No se devuelven los originales

TARIFA DE ANUNCIOS en cuarta plana

La plana, un mes. 12 pesetas
Media id. 7
Un cuarto id. 4
" octavo id. 2.25
" dieciséisavo 1.25
Esquelas de defunción, reclamos, sueltos, comunicados, etc., precios convencionales.

Semanario defensor de los intereses regionales

RISIBLE APRECIACIÓN

LA RAZÓN DE UN ARTÍCULO

II

«La España-artificio y la España-pueblo, de nuestro ilustre y querido diputado D. Luis López-Ballesteros, ha merecido en concepto de autorizadas plumas largos y valiosos artículos de comentarios; también osó poner mano en ello la retórica fobia de algún que otro escribientillo matri-velezano.

En su afán de decir por decir y de hablar por hablar, nada dice y nada habla este canijo crítico si no es que para ensalzar los bien conocidos méritos de nuestro diputado. Sin embargo, su torpe antojo, su apreciación injusta, mezcla de ambición y de incommensurable envidia, da ciertas tonalidades, ciertos giros a su retumbante pluma, buscando con ello otra diversa conclusión a los términos silogísticos que sienta por premisas.

López-Ballesteros, creyendo como nosotros en los ofrecimientos del actual ministro de Fomento, Sr. Gasset, promete a su distrito pan de redención; la extirpación de su penuria.

El Sr. Gasset, ministro de Fomento, y por tanto el llamado a redimirnos, olvida su promesa, desatiende los clamores de esta comarca.

Luego el Sr. López-Ballesteros es responsable (que tanto quiere decir el joven de las «Apostillas») de que Vélez-Rubio y su distrito siga sufriendo el azote de la miseria.

Y es esto razonar con lógica. Son justas estas conclusiones.

Habiéndose callado nuestro digno y valioso diputado a este manifiesto incumplimiento del Sr. Gasset, aún pudo haber incurrido en responsabilidad moral con su distrito. Pero no ha sido así, no ha podido serlo. Nuestro representante en Cortes tiene por encima de toda conveniencia política su acrisolada dignidad, su honradez de diputado, sus justos merecimientos. Por eso no dudó en dar a la publicidad su enérgica protesta, mezcla de dolor y de amargura por la España-gárrula, por la España-artificio.

López-Ballesteros llevando a su memoria el cuadro conmovedor que le ofreció en Huércal-Overa todo este distrito de Vélez-Rubio, no el pueblo oprimido, espoleado por su cacique, como pretende demostrar el caricaturista de «Apostillas», sino hasta el distrito consciente, el capacitado, el que se da perfecta cuenta de su estado, el que veía y sigue viendo, como la única salvación de esta comarca rica en cobres, en carbones, en plomos y jaspes el ferrocarril soñado, ese vehículo relación del progreso y la riqueza, del bien humano con el bien económico y científico.

Pero ante esta actitud de nuestro diputado se sorprende el avaro, el ambicioso, el que no comprende ni puede comprender que la conciencia honrada debe estar, por encima de toda conveniencia, el que supedita a todo fin particular su deber de ciudadano, de patriota, sea cual fuere el puesto que ocupe en el organismo social.

Vélez-Rubio fué el meeting de Huércal-Overa a otra cosa distinta que a esa irrespetuosamente tachada picaresca. Fué a escuchar de boca de su creído redentor la salvación de su comarca, de sus hijos, de sus campos, de su pobre industria, de su mance-

llado comercio. A esto fué Vélez-Rubio entero a escuchar a Gasset, a esto iría cien veces si la justicia la pusieran en manos de dios de la verdad.

Desde el alto-sitial en que se encumbra nuestro diputado, actual vicepresidente del Congreso, tuvo para nosotros, para su distrito entero una mirada compasiva, un recuerdo de amor y de cariño. Vélez-Rubio le agradece esta atención, Vélez-Rubio le sabrá corresponder a su afecto y celo demostrados.

Y si al presente, y por ajenas voluntades no han llegado a cristalizar nuestros anhelos, nuestras halagüeñas esperanzas, abriga Vélez-Rubio y su distrito entero la firme convicción, la completa creencia, de que todo cuanto bien pueda recaer sobre nosotros, sin que fines egoístas le atajen a impedirlo, desplegará en bien de todos su influencia y valimientos nuestro querido diputado, seguros de que en todo momento han de estar puestas a buen recaudo nuestras justas demandas, nuestras nobles y legítimas aspiraciones.

LUIS LÓPEZ-BALLESTEROS

A continuación transcribimos de «El Día», el artículo que este importante diario madrileño copia a su vez de «La Patria», trazado aquel, como después se dice, por la valiosa pluma del veterano periodista Sr. Coria.

Nuestro elocuente silencio deja expedito el paso a este imparcial articulista, y por su pluma, llena de admiración, de justicia y de verdad, escuchareis el concepto que a la conciencia honrada y a la Prensa justa merece nuestro ilustre y querido Diputado D. Luis López-Ballesteros. Dice así: «El Día».

«El veterano periodista Sr. Coria ha dedicado en «La Patria» un bello artículo a nuestro ilustre amigo y colaborador D. Luis López-Ballesteros.

Porque cuanto en él dice es cierto, porque López-Ballesteros, periodista siempre, periodista honor de la clase, merece estos y todos los homenajes, reproducimos con gusto el trabajo.»

«El escritorio yace en esa penumbra de desesperación y muerte de los pobres ojos, que aún tienen que señalar a la pluma el derrotero que ha de seguir en la nieve de las cuartillas para que siquiera tengan los renglones alguna relativa horizontalidad. Los escritorios del Congreso deben estar regidos por alguien interesado en clínicas oftálmicas o en la venta de gafas, lentes o lupas. De día, los cristales de la techumbre tienen corridas las cortinas, impidiendo al Sol alegrar el recinto. De noche, la luz eléctrica, alta y opaca, de los aparatos murales es peor aun que la tamizada por cortinones y vidrieras; y cuando luce el foco central no es la claridad la que aumenta, sino el ruido de los carbonitos o lo que sea. Mentira parece que todavía estén los escritorios sin lámparas de mesa para escribir, como las hay en la biblioteca y en las oficinas de la casa.

Muchas tardes, aguardando el resurgimiento de la electricidad, los que allí recalcan a trabajar, y no pasean, ni vocean, ni hacen del salón de conferencias tertulia de puerta de calle, dejan correr el tiempo rindiéndose al grato sopor del carboncillo local, manera cómoda de un total aislamiento en plena comunidad y en pleno coro, mientras el pensamiento labora paciente lo que después, en la «etapa luminosa» llenará el papel con una

caligrafía insuperable...

Interrumpió, al atardecer, el silencio del escritorio una voz que preguntaba:

—¿No podríamos tener más luz?

Y el ujier de guardia contestó:

—Sí, señor!

Y la luz mural y la central o arcaica (por ser de arco, según un ingenioso crítico) llenaron la estancia.

Miré al bienhechor de mis quemados ojos. Estaba al otro lado, en el centro de la gran mesa. Trabajaba con ahínco, abstraído, indiferente a entradas y salidas, ruidos y conversaciones... Al verle sentí una emoción que no quiero definir y menos comentar. Frecuentes son las visitas de los que fueron periodistas al escritorio donde actúan los que están en activo; pero es raro que los parlamentarios, los de posición política determinada, sientan la nostalgia de la Redacción y gusten de trabajar en la mesa o mesas de todos. En el hecho de preferir esta convivencia a la soledad de otro sitio de la Cámara, mucho más teniendo en ella despacho propio, advertimos el grato retorno del luchador a sus luchas, del escritor a sus tareas entre los suyos, con los suyos, junto a los que empiezan y sueñan llegar, junto a los que acaban y no llegaron a ninguna parte.

Hombre fuerte: ágil, sano de cuerpo y más sano aún de ideas y entendimiento, y allí estaba, pidiendo a la pluma lo que no sabe ni quiere pedir al favor, a la amistad, a los poderosos: él, que ha hecho poderosos a los amigos y favorecido a tantos endiosados.

Tentado estuve de llegarle a él y decirle algo de lo que yo sentía. Porque aquí, donde apenas un ciudadano es concejal, ya se cree de raza superior, y que su vida está a salvo de privaciones o escaseces, como si un acta, cualquiera que sea, equivaliese a una comadreja en la pederasta en el Banco, o a un algo de normal que un vicepresidente del Congreso, un político de alta personalidad, que ha sido gobernador en provincias como la de Sevilla, etc., etc., en vez de engrosar la lista de los que adulan o muerden, de vilipendiarse acudiendo a los «tipis» oficiales regentados por antiguos camaradas, prefiera coger su montón de cuartillas y en la mesa general, donde todos los sitios son iguales, se ponga a llenarlas con la fe y con el entusiasmo de los hermosos días que se hicieron...

Yo le recordaba, mozo, emprendedor, ganándose amistades, aplausos y ascensos. Popularizando su firma en el periódico, en el libro, en el teatro. Llegando en plena juventud a la dirección del diario más renombrado en España, siendo trece años capitán general con mando en plaza, a dos pasos de ser ministro, a un milímetro de la Academia, mimado por los grandes repúblicas de un ayer que hoy juzgamos prehistórico.

¡Y es el mismo! Más simpático hoy que nunca, porque ahora no cabe aducir que cuanto vale y significa es aureola del cargo, es reflejo del poderío de los que le rodean. En España, el periodista sin periódico, sin el periódico donde puso lo mejor de la existencia, ya no es nadie. La Empresa suele decir:

«Necesita descanso, está fatigado, hay que renovar el personal...»

Y, en cambio, hay ministros pulpos que no se creen agotados, ni fatigados, ni creen precisa esa renovación. Verdad es que su fatiga es puramente física. En lo intelectual

están sin el más leve detrimento...

El seguía escribiendo y yo recordaba aquella conversación oída en no lejano pasillo:

—A Barcelona no puede ir. Las campañas de «El Imparcial» pesan mucho todavía. Y lo siento; porque vale y le quiero. Pero...

—Pues es un buen candidato. Criado en Cataluña, educado en Valladolid, como muchos de los que hoy florecen en Cataluña, los catalanes que recuerdan al director de «El Imparcial» debieron recordar al traductor de Guimerá, al que abrió el teatro castellano mundial, al gran lírico y dramaturgo. Por lo menos sería un gobernador conocedor de la lengua, cosas, costumbres, arte, letras y política de Cataluña.

—No puede ser!

Y no fué!

Y como la vicepresidencia del Congreso no es cargo retribuido, como los periodistas, no somos hacendados, como la vida y la familia piden lo suyo, el ilustre escritor ha de escribir ha de volver a subir la cuesta, y la sube con tan noble gallardía, que su ejemplo vigoriza a los que flaquean y estimula a los que desmayan.

Y mientras él continúa su trabajo, yo despezo mi cansada mano y a esta opaca luz del escritorio boceto estos renglones, salutación reverente del soldado, de filas al caudillo, admirado en altos mandos y brillantes operaciones, al encontrarle en mi camino, al verle sentado en un lugar análogo, en la igualdad de una luz que no alumbraba, de una pluma que no escribe, de una tinta que no tiene nada de fluida.

EL FERROCARRIL

Un aplazamiento.—Continuación de la gestión.

Hace muchas fechas que un ilustre diputado de la mayoría me dirigió una carta anunciándome que nuestro ferrocarril no se aprobaría en la actual etapa parlamentaria, porque razones de alta política, que no podía manifestarme, lo impedían.

Como no parecía verosímil que una obra tan beneficiosa se demorase, seguí yo en mis esperanzas de triunfo, que abonaban, que garantizaban la decidida gestión de nuestro Diputado y la palabra empeñada del Ministro.

Desgraciadamente se confirmaron aquellos tristes pronósticos y una vez más las llamadas «altas consideraciones de Gobierno» se antepusieron a la insignificante aspiración de una región hambrienta.

¡Dolorosa ha sido la prueba a que hemos sido sometidos! Sensible es siempre el corazón humano ver cómo se desvanece como el humo una cosa grande y noble precisamente cuando vamos llegando a la meta, a los últimos pasos que nos dirigen al fin!

Pero sabido es, «que todo lo que mucho vale mucho cuesta», y no es extraño que el medio de salvación de nuestra comarca haya encontrado un obstáculo que demore su aplicación.

Sin embargo: no representa lo hecho más que un aplazamiento, lo bueno y lo justo podrá hallar en los hombres repugnancias, peligros, inconvenientes en los primeros momentos, «porque siempre la encontró la verdad en su lucha con el error»; pero llegará a ser una realidad en la nueva era parlamentaria.